

LA RAZÓN DILIGENTE

Por JOSÉ VILLALOBOS

“Pues bien, ahora es día de salvación”
(*“idú nin iméra sotirías”*)
(2, Corintios, 6,2)

Escrutar los signos de los tiempos es tarea ambiciosa; sin embargo quiero intentar comprender nuestro tiempo, buscar un hilo conductor de los acontecimientos de nuestra actualidad, para no sentirse perdido -sin brújula- ante los hechos. Es un reto que no se puede eludir. Muchas ciencias tratan de abordarlo: la historia, el derecho, la sociología... y desde luego la filosofía. Hoy, en mi opinión, su realización desde la filosofía se encuentra en lo que denominaré “razón diligente”.

Es un afán inmenso y difícil que espero llevar a cabo de modo bienhadado y pensante -naturalmente dentro de mis capacidades-. Sus límites los marca la ciencia filosófica dejando, pues, otras orientaciones que están fuera de mi competencia.

Pido indulgencia para mi propuesta sobre la cultura occidental y el papel de la Filosofía en su comprensión; pero creo firmemente que un filósofo debe enfrentarse a los tiempos que le ha tocado vivir, e intentar, ya que no dirigirlos (eso se hace desde la praxis y el bien), al menos comprenderlos desde el pensamiento y la verdad.

TERMINOLOGÍA Y DELIMITACIÓN DEL CONCEPTO DE “RAZÓN DILIGENTE” (*STATUS QUAESTIONIS*)

Hace años me encontré, estudiando los “*Ensayos de Teodicea*” de Leibniz, un análisis apasionante del sofisma clásico de la “razón perezosa” (*ignava ratio, árgos lógos, faule Vernunft*). Es la razón que piensa que, puesto que todo se ha descubierto o se descubrirá, ¿para qué seguir buscando? En el Prefacio de esa obra se describe el sofisma así: si el porvenir es necesario, lo que debe suceder, sucederá, se haga lo que se haga. Lo muestra con el ejemplo de la enfermedad: no hay que cuidar del cuerpo, ni seguir un régimen para conservar la salud, pues es inevitable que llegue la enfermedad que haya de llegar. Leibniz llamó a la razón perezosa “*fatum mahometanum*”¹, porque en el siglo XVIII se decía que los turcos dejaban todo en manos de Dios, pues, haga lo que haga el hombre, el porvenir ya está establecido y así sucederá ineludiblemente. El “*fatum mahometanum*” señala la necesidad de los sucesos futuros desligada de su causa, así los turcos -siguiendo este argumento- no se apartaban de los lugares donde la peste hacía estragos. Pero si el efecto tiene lugar, será por una causa proporcionada; la pereza hará que sobrevengan los males, que obrando con cuidado se hubieran evitado.

Aplicando esta tesis a la filosofía, ¿cómo llamar a la razón que se esfuerza con trabajo en pensar, busca amorosamente² realizarse y quiere expresar lo verdadero con denuedo? No cabe más que la expresión “*razón diligente*”, término y concepto que empecé a utilizar ampliamente en mis clases y publicaciones; y, en primer lugar al propio pensamiento leibniziano, en mi opinión modelo de pensamiento diligente. Con esta expresión ocurrió como a veces sucede con algún personaje secundario con presencia recurrente en diversas novelas, que después se convierte en protagonista en una novela posterior. Eso es lo que me ha ocurrido ahora con “*razón diligente*”. Quiero decir que la razón

1. Leibniz. *Ensayos de Teodicea*, parágrafo 55

2. “*Diligens*” es participio presente del verbo “*diligo*”, que significa amar; lo que añade semánticamente razón de amor a razón diligente, situándola en la dirección de la etimología griega de “filo-sofía”

diligente es retomada como cuestión central y tema fundamental de reflexión filosófica.

Cuando uso las expresiones “razón perezosa” y “razón diligente”, no me refiero a la pereza y a su antónimo diligencia como mera actitud psicológica, ínsita en la significación de esos términos, sino que quiero indicar un concepto filosófico, un concepto ontológico. Es fácil contraponer la actitud de emperezarse a la actitud de diligencia: es un conocimiento espontáneo derivado de su semántica, al alcance de cualquier hablante. Sin embargo construir el concepto filosófico de razón diligente es costoso; a saber, es la tarea del filósofo que le confiere un contenido epistémico y lo aplica en sus aspectos teóricos en su interpretación de lo real. Podría haber coincidencia con otros autores en usar esta expresión, pero lo importante es el concepto filosófico.

En efecto, es un concepto filosófico creado para comprender “*more radicali*” la esencia de la filosofía: la filosofía de la razón diligente frente a los pantólogos -o infilósofos con término unamuniano³-. Y ahora, en esta disertación, se aplica este concepto de razón diligente a la comprensión “*more radicali*” del hoy, de la actualidad, de nuestro tiempo, constatando su realidad y previendo sus posibilidades. He aquí la secuencia temporal de esta elaboración:

1997. En el libro “*Elogio de la radicalidad*” reivindicué el sistema para la filosofía frente al fragmentarismo inconexo. El cansancio postmoderno de la búsqueda de la verdad es una consecuencia de la razón perezosa ejercitada por los pantólogos: exista o no el sistema en filosofía, no se puede hacer nada por encontrarlo, pensemos entonces verdades fragmentarias. La razón perezosa acaba tratando los temas que están de moda y son admitidos comúnmente. Por el contrario, la razón diligente usa la filosofía “*more radicali*” que busca la comprensión -*verstehen*- intersubjetiva de la verdad de la cosa misma.

2000. En el artículo “*Vico, ensayador*” me detuve en otro aspecto o cualidad de la razón diligente. La actitud de la razón diligente es tentativa y, por ello, se arriesga con libertad a equi-

3. Unamuno M. de. *Por tierras de Portugal y de España*. Madrid: Espasa-Calpe, 1964; en la pág.22 usa el adjetivo “infilosófico”.

vocarse en la búsqueda amorosa de la verdad; la actitud de la razón perezosa, por el contrario, cree definitiva y cerrada su adquisición de la verdad. En consecuencia, la razón diligente ejerce la humildad, sabiendo que sus logros no depende sólo del sujeto, sino de la riqueza de lo real. La razón perezosa actúa con la suficiencia del mero subjetivismo que, adoptando su opinión a su propia conveniencia, cae en el relativismo según el momento.

2004. En el libro *“De la belleza de la filosofía”* avancé en la descripción de la razón diligente. La razón diligente muestra su perfil de actitud creadora, poética, es decir, intenta conocer epistémicamente la riqueza de la realidad objetiva. La razón perezosa se presenta como paráfrasis o comentarios de textos anteriores, ya que es incapaz de enfrentarse directamente a las cosas, acciones o problemas.

En resumen, la actitud creadora es la actitud epistémica de cualquier ciencia; la filosofía creadora tiene la convicción de poder describir y ampliar el conocimiento. En cambio la actitud pantológica o parafrástica es propia del que se apoya en meras opiniones de modo rutinario y cansino. Por tanto, la distinción razón perezosa/razón diligente atiende a la búsqueda meramente o instrumental de la verdad por un lado, y por otro a la búsqueda amorosa y libre de la verdad, y por ello a la “comprensión” de los objetos (cosas) o hechos (acciones).

Las características de la razón diligente son, como se deriva de mis estudios antes citados:

La razón diligente enarbola la defensa del todo (integralidad) -en remisión a sus fundamentos últimos- frente al fragmento.

La razón diligente es tentativa y humilde frente el relativismo intolerante y la suficiencia impositiva.

La razón diligente es creadora, poética, frente a la paráfrasis yerma.

La contienda filosófica, pues, se libra entre autenticidad o impostura, entre filósofos o pantólogos. La autenticidad de prevenir y dirigir el curso de nuestra existencia, intentando vivir y mejorar la realidad; la impostura de no pensar ni actuar, porque lo que ha de suceder sucederá, y moverse en la apariencia filosófica, social, política, etc.

Tres cuestiones a tratar:

1. Consideración de los acontecimientos de nuestro tiempo
2. Constitución histórica de la razón diligente
3. Propuesta sobre el futuro de Europa

1. ACONTECIMIENTOS DE NUESTRO TIEMPO

A. HECHOS QUE APARECEN EN LA ACTUALIDAD

Hoy en el mundo occidental, en Europa, en España, los acontecimientos se suceden vertiginosamente, dejándonos siempre una inquietud, porque esos hechos nos sobrepasan y no alcanzamos a hallar el hilo conductor que los enhebra. Leer la prensa digital o escrita, oír la radio o ver la televisión, una simple charla de amigos es un ejercicio de desasosiego; pues no alcanzamos a ver la conexión entre los hechos graves, que se derivan de conocer la verdad y, de este modo, enfrentarnos a ellos con cierta posibilidad de éxito.

Tenemos la impresión de que esta multitud convulsa de acontecimientos nunca en el pasado existió; pero en cada momento histórico -si leemos crónicas o memorias- también se ha tenido esa misma impresión de ser arrebatado por los acontecimientos. No en vano el *Qohelet* (Eclesiastés 7, 11) advierte: “no preguntes: ¿por qué los tiempos pasados eran mejores que los de ahora? Eso no lo pregunta un sabio”. Haremos caso.

No podemos enumerar esos hechos, pues tal repertorio quedaría anticuado en horas, si no en minutos. Nuestra dejadez en la participación en la “*res publica*” -en los asuntos de todos- se produce por nuestra razón perezosa; ya que abandonamos lo que correspondería a nuestra acción al albur de lo que decida el Estado, que proporciona una cierta seguridad y confianza.

En la sociedad occidental -a la que me refiero en esta disertación- el hombre ha cedido su responsabilidad personal a una actitud genérica que le tranquiliza. Ha dejado a un lado el “pensar por sí mismo”, pensar por cuenta propia, que fue el lema ilustrado, que siempre ha de ser recordado y, desde luego, puesto en práctica. El hombre occidental ha de parar mientes en las cuestiones fundamentales: la existencia, el amor, la educación, la guerra, la justicia etc., asuntos que día a día llaman nuestra

atención, y a los que hemos de responder con vigor y sin complejos. Alentaba Husserl en 1935⁴ a: “pensar por uno mismo, ser un filósofo autónomo con voluntad de liberarse de todo prejuicio”.

Muchas veces los filósofos habrían de mostrar convicción en la ideas con la fuerza de la disidencia ante la imposición de los prejuicios. Existe una persecución del disidente de lo admitido como correcto por las opiniones hegemónicas. Y puede decirse que es una persecución en toda regla, si de lo que se trata es de vigilar, y punir en su caso, al que se aparta del prejuicio y piensa por sí mismo.

B. HECHOS QUE SE HAN DE INTERPRETAR DESDE LA RAZÓN DILIGENTE

La pereza ante las actitudes y acciones se manifiesta en el hombre occidental como relativismo⁵: es el fruto más granado de la razón perezosa. ¿Para qué pensar y construir la realidad?, que cada uno piense lo que le de la gana. Se pone un límite, eso sí, que es el de no molestar a los demás; pero ¿quién lo fija? En el peor de los casos es el Estado: no fumar, no conducir demasiado velozmente, no comer comida rápida... por poner ejemplos banales. El Estado se erige en juez supremo de nuestras vidas y de nuestros deberes y derechos; pero no es un juez garante, sino un juez que impone sus decretos detentando una autoridad que no tiene. El mundo occidental se mueve más en lo que se ha llamado lúcidamente el “suicidio de la modernidad” (en 1984, por Aquilino Duque), que en lo que se ha llamado desvaídamente, años después, “utopía y desencanto” (en 1999, por Claudio Magris).

Por ello, debemos enfrentarnos al reto que plantea el modelo postmoderno, o pensamiento débil en filosofía, y el recurso es la razón diligente: que, firme y decidida, haga frente a los desafíos de la hora presente. Esta razón diligente no es un acon-

4. Husserl, E. *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Barcelona, Crítica, 1991, parágrafo 15

5. Husserl, en sus “*Prolegómenos a la Lógica pura*” (en “*Investigaciones lógicas*”). Madrid, Alianza Editorial, 1982) ya resalta el relativismo gnoseológico como el peligro que se origina desde la filosofía. Hoy día se ha añadido el relativismo práxico o ético

tecimiento nuevo en la Historia de Europa, pues se ha ejercido en otros momentos históricos importantes para el desarrollo de lo que es y significa Europa, la cultura occidental. Así, Platón⁶ en la Antigüedad griega o San Agustín ⁷en la Antigüedad cristiana.

Actualmente debemos reconocer la dificultad que entraña ir contracorriente, contra las tendencias y orientaciones generalmente admitidas, ante el temor de ser excluido de la sociedad. No podemos actuar como si no pasara nada -razón perezosa-, sino luchar activamente por nuestras convicciones -razón diligente-. No ser conformistas y aburguesados, sino libres y autónomos. Hago un alegato para construir nuestra vida personal y social que es, a la vez, una alerta ante la deslealtad a los ideales de la razón diligente por parte de los dirigentes sociales y, entre ellos, los filósofos, ya que aquellos ideales estaban presentes en la filosofía desde el amanecer del pensamiento griego filosófico, político, artístico y literario.

2. CONSTITUCIÓN HISTÓRICA DE LA RAZÓN DILIGENTE

A. LA RAZON DILIGENTE EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

La Filosofía ha debido crear un concepto con el que interpretar el mundo en que vivimos: los griegos desde el siglo VI a.C. y nosotros, hoy, en el siglo XXI. Como dice Hegel⁸: “lo fundamental, en la filosofía, es siempre esto: que, aunque el que establece sea el yo, el contenido establecido de lo pensado debe ser el objeto en sí y para sí.” Siempre, en toda circunstancia el hombre toma la posición del sujeto, pero el contenido de lo pensado tiene que ser el mundo objetivo (cósmico, político, cultural, religioso, etc.), que es dentro de lo que nos movemos, existimos y somos.

6. Vid. la obra de Jan Patočka. *Platón y Europa*. Barcelona: Ed. Península, 1991

7. San Agustín se atreve a interpretar la cultura romana movido por el acontecimiento histórico de la invasión de los bárbaros. *De civitate Dei* comienza su redacción, con cincuenta y nueve años, en 413, acabándolo en 426, trece años después. Ya en 410 dio su sermón *De urbis excidio* (Sobre la destrucción de la Ciudad), poniendo a Roma como símbolo de la civilización, impresionado ante la caída de Roma a manos de los bárbaros, comandados por Alarico (San Agustín, *Obras completas*, BAC [Biblioteca de Autores Cristianos] vol.40, págs. 509-529).

8. Hegel. *Lecciones de Historia de la Filosofía*. México: FCE, 1977; volumen II, pág. 8

Así lo griegos se esfuerzan por explicar y comprender su mundo vital (*Lebenswelt*). Los sofistas tratan de todos los asuntos humanos, vulgarizando el pensamiento (*lógos*). Protágoras -descrito en el diálogo platónico de su mismo nombre- defiende que cualquiera por medio de la enseñanza puede adquirir el conocimiento de los asuntos públicos. Por eso Hegel⁹ afirma que “los sofistas, por su cultura formal se mueven dentro del campo de la filosofía; en cambio, por su reflexión se hallan, en realidad, al margen de ella”.

En cambio, para Sócrates y Platón la filosofía exige el rigor de las ideas que es un procedimiento difícil -como expresa Platón en la *Carta VII*-, fundamentando el mundo sensible en las ideas puede ser explicado y comprendido ese mundo histórico, cultural, político, religioso, etc. Platón con la metáfora de los dos mundos, el *estético* y el *noético*, quiere significar dos modos de comprender el mundo, no la existencia de dos mundos diferentes. En este sentido, creo errónea la apreciación de Ortega¹⁰ sobre la ocupación teórica de Sócrates cuando escribe: “el tema del tiempo de Sócrates consistía pues, en el intento de desalojar la vida espontánea para suplantarla con la pura razón”. A Ortega le interesa contraponer vida y razón para destacar su descubrimiento de la razón vital; pero no es cierto históricamente que Sócrates no se ocupara de la vida (mundo estético), y mucho menos que la sustituyera por la razón (mundo noético). En Sócrates, y por tanto en Platón, encontramos por primera vez un señalamiento de la razón diligente, que no escatima esfuerzo en la explicación y comprensión de la realidad cósmica, personal y objetivada.

Los sofistas hablan de todos los asuntos sean o no sean competentes -son los primeros pantólogos-, siempre que estén en consonancia con la opinión dominante y se pliegan a los gustos de los que ejercen el poder. Muestran sumisión ante los que ostentan el poder y, si éstos cambian de intereses, ellos reconvierten sus razonamientos para defender la nueva situación. No son ni siquiera relativistas, pues no tienen convicciones que puedan cambiar, ya que siguen las directrices de sus dueños, que les pagan y les dan la fama.

9. Ibidem, volumen II, pág. 27

10. Ortega y Gasset, J. *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Revista de Occidente, 1963; pág. 65

He de resaltar aquí que los pantólogos actuales -tan conocidos por salir continuamente en la prensa y en la televisión- están subordinados al que les promociona, con ese aire de superioridad sobre aquéllos que no piensan como ellos; porque, a su vez, aquéllos vocean los intereses de su amo y alancean a los que se les oponen. En eso consiste la fama y la valía de los pantólogos: en ser esclavos que siguen las órdenes, recubiertas de mieles vanidosas, de sus dueños. Los sofistas y los pantólogos actuales tienen una especial habilidad para estar de acuerdo siempre con los que ejercen el poder en cada momento o época; y naturalmente tratan los asuntos que al poder les interesa, están de moda o coinciden con la opinión hegemónica.

Aquí deberíamos insertar, además el esfuerzo teórico de los grandes filósofos antiguos y medievales, las aportaciones de Leibniz¹¹ o Hegel¹² cuando intentan, de modo grandioso, interpretar la modernidad. Sin embargo lo dejaremos simplemente mencionado por la extensión y profundidad de la razón diligente desarrollada.

Hoy día, después de la Medievalidad y de la Modernidad, se ha hablado de la Postmodernidad. La Postmodernidad interpreta borrosamente la Modernidad, creando un imaginario maniqueo sobre el que se sustenta el relativismo inherente a su pensamiento débil. Más tarde se ha puesto de moda llamar, metafóricamente, al mundo del siglo XXI como “modernidad líquida”.

11. Leibniz en su obra *“Ensayos de Teodicea”* aplica la razón diligente en discusión con algunas afirmaciones de Pierre Bayle en su *“Diccionario histórico y crítico”*. Leibniz le acusa de “querer imponer silencio a la razón” en el problema de la relación entre fe y razón. Ya en el título completo de esta obra (*“Ensayos de Teodicea. Sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal”*) se recogen las tres objetividades metafísicas delimitadas así: Dios desde su bondad, el hombre desde su libertad, y el mundo desde el mal que en él aparece.

En efecto, en los *“Ensayos de Teodicea”* Leibniz aplica la razón diligente del siguiente modo:

- remite en sus argumentaciones a su sistema metafísico, para integrarlo en el “todo” armoniosamente; no es una aportación fragmentaria surgida al hilo de la discusión con Bayle

- hace propuestas humildes y tentativas, que necesitan la apertura a otras y exigen la libertad de equivocarse.

- crea conceptos metafísicos nuevos para interpretar el bien y el mal existente en el mundo, conceptos que han servido, posteriormente, de guía en la Historia de la Filosofía.

12. Hegel. *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*. Madrid, Revista de Occidente, 1974

da”; en la que el sujeto tiene un modo de ser dúctil y voluble, y no la característica de fijeza y solidez que necesita una visión científica. En mi opinión, tanto la metáfora de lo débil como la de lo líquido son modos de la razón perezosa.

Por el contrario hay que reivindicar el papel que representa la filosofía en el siglo XXI, en nuestro tiempo. Husserl, en el Epílogo a sus “*Ideas*”¹³ afirma que la idea de filosofía “desde su primera gran formulación por Platón es la base de nuestra filosofía y nuestra ciencia europea, a la que señala una tarea indeclinable. La filosofía es para mí [Husserl], de acuerdo con la idea de la misma, la ciencia de fundamentos últimos”. Si se me permite la corrección terminológica, es la ciencia de la razón diligente, a saber, aquélla que parte y pretende constituir desde fundamentos últimos la comprensión de la realidad y de nuestro mundo vital. Ésa es la tarea de la filosofía auténtica.

B. NECESIDAD DE LA FILOSOFÍA ACADÉMICA EN LA CULTURA OCCIDENTAL

La fama de oscuridad (*i skotiniá*) respecto a la filosofía es legendaria, y sin embargo, la insistencia en su claridad y distinción por parte de los filósofos es muy notoria. A veces la filosofía se ha dejado llevar por la pasión de la dificultad, subiéndose a su torre de marfil (*turris eburnea*), pero en los grandes clásicos se destaca la llaneza y la humildad como cualidad del discurso filosófico. Dice Leibniz¹⁴:

“la claridad se basa no sólo en las palabras, sino también en la construcción, porque, si la construcción no es clara, se entenderá, ciertamente, qué significan las palabras tomadas *simpliciter* y *per se*, pero no qué significan en este pasaje y con relación a las demás”

Es bastante corriente incluir citas filosóficas en textos de otros géneros (literarios, políticos, jurídicos) o bien alardear de seguir a

13. Husserl. *Ideas*. México: FCE, 1962 (2ª ed.); pág.372

14. Leibniz. *Disertación sobre el estilo filosófico de Nizolio*. Madrid: Tecnos, 1993; pág.

25. Las otras dos cualidades del discurso filosóficos son la verdad y la elegancia.

algún filósofo para dar lustre a sus argumentos. Sin embargo sucede, según mi experiencia, que esos filósofos tan citados y leídos pertenecen al ensayismo o a su afinidad ideológica. No se trata, pues, de interés por los filósofos clásicos o por los textos epistémicos de la filosofía. Hay que tener cuidado pues la filosofía es un producto (*poiéma*) de primera necesidad. No es un lugar inalcanzable y aislado sino que está en contacto con lo que experimenta la condición humana; aunque hay muchos adulteradores de ese producto que tienen fecha de caducidad, dicho en imagen tosca.

En el siglo XX la filosofía ha recibido, desde “dentro”, la amenaza del positivismo o del postmodernismo; Husserl llega a decir que “el positivismo decapita a la filosofía”¹⁵, le corta la cabeza y la deja exánime. Este peligro aún hoy continua en el siglo XXI. Y lo grave es que la influencia de la filosofía en la comprensión de la crisis de Europa queda lastrada si la propia filosofía está ella misma en crisis.

Por ello hay que hacer una advertencia. La esencia de la filosofía, que fue fijada por los griegos, está sometida hoy día a tendencias disgregadoras (ensayismo o filosofía mundana al decir de Kant) que la alejan de su fin esencial. Me refiero a quienes quieren hacer pasar por filosofía lo que es política, sociología, neurociencia, etc. Son impostores que se valen del prestigio que aún conserva la filosofía para usurpar su nombre. *Invocabo te, philosophia*, es el título de mi último curso de doctorado en la Universidad, curso 2009-2010. El nombre de la filosofía lleva implícito el marchamo de su esencia que quiere explicar y comprender lo que es, lo que nos aparece, lo que es nuestra vida, lo que son nuestras acciones. Y tras su nombre, su verdadero rostro, que aún se nos esconde.

La filosofía como episteme- tal como se estudia en la Academia-, la ciencia europea (la *mathesis universalis*) es necesaria para comprender la esencia de lo que Europa y la cultura occidental. Ésta es nuestra tesis. Pero aparece en esos impostores -en esos pantólogos- un rencor profundo hacia la verdad. La filosofía se reduce a una mera creación subjetiva que expresa opiniones sobre la realidad según el tiempo en que se ofrece o el espacio en que se habita. Es un abandono de la verdad, por cansancio o incapacidad de trabajarla.

15. Husserl. *Crisis*, parágrafo 3

Es lo que podríamos llamar “acedia intelectual”, que es esa mezcla de tristeza, amargura y pereza. Desechan algunos sedicentes filósofos cualquier intención de expresar sus aportaciones con validez objetiva. Lo que equivaldría en cualquier otra ciencia al descrédito de ese autor, en el ámbito filosófico hoy día estos detentadores tienen audiencia en las Facultades universitarias y en los medios de comunicación. Su propia levedad (pensamiento débil o líquido) les hace mimetizarse con el terreno social en el que aspiran a destacar. Resuena en nuestros oídos el dictamen bíblico (Proverbios 7, 11): “los necios desprecian sabiduría y formación”-“*sofian ke pedían ásebis exuzenísusin*”-.

La palabra filosófica, si quieren ustedes, la filosofía como palabra se debe a la comunicación intersubjetiva: el filósofo no habla solo, ni siquiera existe en actitud de soledad, está siempre remitido a la comunión con el lector. Es un enigma cómo conseguir que lo que se habla o escribe se pueda transmitir a otros; y esto se vierte en conocimiento y en la transmisión que es la formación (*pedía*). Esta tarea, que no debe ser despreciada sino apreciada, es inexhaustible, inagotable; y, a veces, en la palabra filosófica resuenan ecos que estaban ya presentes antes de pronunciarla. Los filósofos han de ser letraheridos: leer y meditar la palabra filosófica, para después usarla y practicarla.

Éste es el valor de la palabra filosófica; hay que reconocer su necesidad para la vida espiritual, aun cuando se diferencia de las ciencias positivas y de las ciencias teológicas. Hemos de movernos entre la rigurosidad de los axiomas (ciencia positiva) y la riqueza de los símbolos (teología), preguntándonos ¿por qué hacemos filosofía?, ¿para qué?, ¿cómo? Lo que nos llevaría al problema del final de la filosofía occidental, a preguntarnos por su futuro.

3. EL FUTURO DE EUROPA

A. DIAGNÓSTICO DEL MAL DE EUROPA

Hoy día las alarmas, las llamadas de atención, los avisos están presentes de modo abrumador. ¿Es posible dar nombre, esto es, diagnosticar el mal de Europa? Aludiré a algunos casos:

El sedicente “estado de bienestar”, que es el signo de desarrollo europeo, parece desmoronarse; cada vez existe más

incertidumbre sobre el futuro de la situación económica, pues nubarrones negros anuncian inclemencias económicas muy numerosas.

Calificar la situación internacional de prebélica es un eufemismo, cuando ya estamos interviniendo en tantas guerras, tan alejadas del mapa de Europa. ¿Será para defender o para imponer nuestro estilo de vida occidental?

Desde la religión cristiana se alerta de la ausencia de Dios. Con una Europa cada vez más descristianizada, pero en la que los ataques a la fe son percibidos con indiferencia por muchas personas, y se minusvalora la acción social de los cristianos (hospitales, orfanatos, comedores, ayudas...)

La situación de la Universidad europea y española, tan mortuosa¹⁶ y en fase terminal hacia su degradación.

Ante todo esto nos preguntamos ¿habrá vuelto taimadamente Mefistófeles -el nombre del demonio en Goethe- como fuerza destructora, pero con la cara bonachona de la ampliación de derechos personales y sociales?

Me quiero detener en dos ejemplos históricos de diagnóstico, hechos por filósofos, sobre la situación histórica de la Europa de su tiempo, pero que hoy siguen teniendo vigencia. Me refiero a una obra de Edmund Husserl, que éste escribe en 1935, y a otra de María Zambrano, que lo hace en 1945; para ambos el término “Europa” no se ciñe a un lugar geográfico, sino que se hace referencia con él a la cultura occidental extendida por todo el mundo. Ambas obras están escritas, y así se alude en ellas, en la primera guerra mundial y en la segunda guerra mundial respectivamente, rigiendo en ellas análisis justos y acertados.

Para Husserl¹⁷ “la humanidad europea lleva en sí realmente una idea absoluta y no es tan sólo un mero tipo antropológico empírico como China o India”. Esta tesis ha sido tachada de etnocéntrica, a mi juicio por no profundizar en lo que dice

16. Se ha creado, en español, el adjetivo “mortuoso” como derivado culto del sustantivo latino; del mismo modo que existe “fructuoso”(de fruto), “luctuoso”(de luto). El adjetivo “mortuoso” existe en lengua portuguesa, de donde lo tomo, con el sentido de “cadavérico” También podría usarse el participio presente “muriente”. No son meros usos etimológicos lo que me mueve, sino el deseo de precisión semántica para calificar la situación universitaria española.

17. Husserl. *Crisis*, parágrafo 6.

realmente. Esa idea absoluta que porta es “llevar la razón latente a la autocomprensión de sus posibilidades”, esto es, la filosofía como base o fundamento para superar la crisis de Europa, que el veía en 1935. De esta forma -continúa Husserl- se saldría del dilema en que se encontraba: “si el t́elos inherente a la humanidad europea desde el nacimiento de la filosofa griega [...] no habŕa sido sino un mero delirio hist́orico, el logro casual y contingente de una humanidad casual y no menos contingente [...], o si, por el contrario, lo que por primera vez irrumpi3 con la humanidad griega fue, precisamente, lo que como entelequia viene esencialmente insito en la humanidad como tal”. Esa idea absoluta de la filosofa europea la verteríamos en nuestra terminoloǵa como raz3n diligente. Europa no ha de tomarse en sentido geogŕfico, sino en el de la “unidad de una vida espiritual, de un hacer y de un crear¹⁸.”

Por su parte Zambrano (con cuarenta y un ańos, y antes de dedicarse a la literatura con ribetes filos3ficos) estudia las causas profundas de la decadencia de Europa y afirma¹⁹: “las 3ltimas creaciones europeas se caracterizan todas ellas por ser obras en que se ejecutaba una destrucci3n, en que se verificaba un perdimiento. La 3ltima pintura era la destrucci3n implacable de la pintura; la literatura se negaba a s3 misma, y hasta la filosofa naufragaba en un vitalismo y existencialismo desesperados. Nada íntegro, nada entero”. Es una cr3nica de 1945, en que se constata que la idea de totalidad, frente al fragmento, est́ desapareciendo. Como dice mas adelante²⁰: “Europa no ha muerto, Europa no puede morir del todo; agoniza”, la agonía de la crisis de la humanidad europea se va agudizando.

B. CAUSAS DE LA DESTRUCCI3N (EXTERNAS E INTERNAS)

Europa est́ amenazada de destrucci3n no s3lo por causas externas (que, caso de producirse, sería causa de “fuerza mayor”) sino, y lo que mas grave, por causas internas. Europa permane-

18. Husserl, en su conferencia sobre “La crisis de la humanidad europea y la filosofa” (Viena, 1935). Recogida como ap3ndice en “*La crisis...*”, pág.328

19. Zambrano. *La agonía de Europa*. Madrid: Mondadori, 1988; pág.17

20. Ibidem, pág. 17

cerá en sus creaciones espirituales -literatura, arte, música, derecho, filosofía-. Sin embargo, Nicolai Hartmann²¹ habla de “la progresiva ruina histórica de todo lo creado” (lo creado por el hombre es la cultura, que Hartmann denomina “espíritu objetivado”), aunque insinúa que puede haber excepciones para las “mayores creaciones del espíritu”. En mi opinión puede ser el caso de Europa.

Veamos sucintamente esas causas.

Hoy día la cultura occidental, Europa, -junto a otros peligros externos- se encuentra bajo la amenaza externa del islamismo, hecho histórico que se repite, así la invasión de los turcos y el cerco de Viena durante el siglo XVI. Rabiosamente se mira lo europeo para resolver viejos agravios o porque ejerce un atractivo irresistible de desarrollo económico. Si la amenaza llegara a cumplirse, la desaparición de Europa sería un caso de “fuerza mayor”. ¿Se producirá la islamización²² de Europa? Pero no hagamos previsiones.

Permítame citar un testimonio: la carta²³ de un sacerdote copto de Egipto al imán de la autoridad máxima del Islam en aquel país sobre la masacre de cristianos coptos en enero de 2011. Este hecho apenas ocupa unos renglones en los medios de comunicación europeos, nos olvidamos rápidamente, nos coge muy lejos. En esa carta se denuncia la hipocresía del mundo islámico, porque no se pronuncia contra la matanza de los no-musulmanes y sí condena los ataques ofensivos para los musulmanes en nuestro continente. La vieja Europa ha perdido reflejos, y eso puede costar caro: dirigirse velozmente hacia su destrucción, pues no defiende lo suyo con valentía, sino solamente de modo indirecto. Es una ceguera grande ante una amenaza cierta.

Los poetas (así Cavafis) o los novelistas (así Julien Gracq) expresan mejor que cualquier otro esta angustia de la espera ante una situación amenazadora. El poema de “*Esperando a lo bárba-*

21. Hartmann. *El problema del ser espiritual*. Buenos Aires: Leviatán, 2007; pág. 607.

22. Luis Vives previó qué sería de la Europa de su tiempo en caso de islamización por la invasión de los turcos en su obra *Quam misera esset vita christianorum sub turca* (Cuán desgraciada sería la vida de los cristianos bajo los turcos), escrita en 1526 y publicada en 1529. Hay edición actual: Ajuntament de Valencia, 1997.

23. “Carta abierta del sacerdote copto Yoannis Lahzi Gaid al imán Ahmed Al-Tayyeb”, recogida de periódicos digitales en enero de 2011.

ros” de Cavafis alude a la caída del Imperio Romano, pero simbólicamente se refiere a la de cualquier sociedad. Comienza así:

“¿Qué esperamos congregados en el foro?
Es a los bárbaros que hoy llegan.
¿Por qué esa inacción en el Senado?
¿Por qué están ahí sentados sin legislar los senadores?
Porque hoy llegan los bárbaros.”

El verbo griego para “esperar” es “*periméno*”-compuesto de “*méno*”, permanecer- que significa “aguardar”; no usa “*elpíso*” que significa tener esperanza-. Por eso los ciudadanos están aguardando con miedo la llegada de los bárbaros que parecen una amenaza, y los senadores no hacen nada (“*apraxía*”, la no-praxis, la no-acción es la palabra usada) dando la impresión de que todo está perdido. Los bárbaros no llegan y termina el poema:

“¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros?
Esta gente, al fin y al cabo, era una solución.”

Para “qué va ser” se usa el futuro del verbo “*yínome*”, que significa suceder, ocurrir, pasar; por lo que sería tal vez mejor usar como traducción “qué nos pasará”(mejor expresada su significación en el alemán “*werden*” o el italiano “*diventare*”). Y termina con el sarcasmo de que esos bárbaros, frente a la dejación de los dirigentes, eran una cierta solución (usa la palabra griega “*lisis*”) a la situación de decadencia del Imperio.

La novela de Julien Gracq “*Le rivage des Syrtes*” -traducida al español por “*El mar de las Sirtes*”- narra la decadencia de un estado y el miedo a otro situado brumosamente en la otra orilla del mar que les separa, sensación de agobio ante la amenaza de invasión de un enemigo difuso; pero en que sus habitantes perciben la guerra como el único modo para salir de la postración.

Más grave es el peligro que se cierne sobre Europa desde su interior. Ningún peligro exterior provoca tantos estragos como el interno, pues tiene como consecuencia la traición a los valores europeos -entre ellos el cristianismo-, y, por ello una Europa decidida a causarse su propia muerte.

Así en España soportamos la imposición de “nuevos” valores, incompatibles con los valores europeos mantenidos durante siglos, bajo la cobertura de la “ampliación”-así llamada- de derechos personales y sociales:

- sobre la familia (creando artificiosamente nuevos tipos de familia)
- sobre la vida (favoreciendo el aborto provocado o la muerte de los ancianos)
- sobre la libertad (legislando prohibiciones empíricas en la vida personal)

Los hombres de vocación teórica o práctica deben defender la cultura europea, que ellos mismos representan, pero que les trasciende. Algunos de los creadores que buscan la verdad, realizar del bien o manifestar la belleza -los intelectuales de hoy día- son infieles, al modo de la razón perezosa, a la tarea que les exigiría su pertenencia a la cultura occidental. Pongamos como ejemplo los prejuicios etnocéntricos que dan igual valor literario a un texto de Cervantes que al de un anuncio por palabras; y lo mismo podríamos decir de las artes plásticas, la música o la filosofía. La idea de que todas las culturas son iguales es una ocurrencia más o menos burda, pero ampliamente extendida.

C. PROPUESTA SOBRE EL FUTURO DE EUROPA

El futuro de la humanidad europea del siglo XXI está al borde de su destrucción. Es un diagnóstico desolador; pero todavía se pueden hacer propuestas de solución. Debemos recuperar no sólo el pensamiento ilustrado de la Modernidad, sino el de la Antigüedad y el de la Medievalidad. De esa forma podría desarrollarse y progresar nuestra cultura hacia lo mejor (en terminología kantiana). Hay que huir de la pereza, que produce parálisis en el discurrir del pensamiento y la acción, y diligentemente recorrer el camino de la recuperación de los valores europeos.

En esta dirección el cristianismo ha contribuido, de manera fundamental, a la construcción de Europa. El cristianismo está presente en las creaciones (*póiesis*) de la ciencia, el derecho, la

filosofía y la teología; y desde luego, en las creaciones (*póiesis*) de la literatura, las artes plásticas y la música. Con ello no se niega el papel de tradiciones diferentes de pensamiento (el laicismo, por ejemplo), pues hay aportaciones muy variadas. El cristianismo está presente en Europa fundamentalmente, pero si alguien no lo creyera, que pare mientes en que el lema de la vida política “libertad-igualdad-fraternidad” (ideal de la humanidad ilustrada) es fruto secularizado y gnóstico de la idea cristiana de que somos hijos de Dios, y por ello libres, iguales y hermanos²⁴.

No cometamos con Europa el error de Narciso, enamorado de su propia imagen, reflejada en el río como en un espejo, y no ver su propia realidad. Louis Lavelle en su libro “*El error de Narciso*” (escrito en 1939, inicio de la segunda guerra mundial) utiliza el mito griego de Narciso para resaltar la importancia que tiene en el destino de la persona no seguir la apariencia, sino realizarlo por medio de lo que uno es realmente. La condición de hombre se basa en la libertad para el conocimiento de si mismo y en la honestidad con lo que uno es.

Se puede aplicar estas reflexiones de Lavelle en el plano universal de lo que es Europa. Europa no debe enamorarse de su propia imagen, sino abrazarse a su realidad, a los valores conseguidos tan esforzadamente a través de los siglos. El error de Narciso significaría preferir una imagen a su realidad; y sin embargo hay que enfrentarse a lo que somos, aunque tal vez queramos solamente ver los que nos imaginamos que somos. De ahí procede la desolación en que los europeos nos encontramos en la situación actual de la civilización occidental. Europa se ha convertido en su caricatura, tenemos una imagen distorsionada de nosotros, porque estamos en el filo de la espada, prestos a derrumbarnos.

Necesitamos romper el hechizo de Narciso y reencontrar y mantener rigurosamente -esto es, con razón diligente- las cualidades de la cultura occidental, o si se quiere, los valores de Europa-en terminología más filosófica-. Resumidamente, que sean transparentes esos valores europeos, no que sean solamente traslúcidos; a saber, la concepción occidental:

24. Eric VOEGELIN diría que son frutos del gnosticismo moderno. Vid su obra *La nueva ciencia de la política*. Buenos Aires: Katz, 2006

del trabajo que transforma la realidad
del conocimiento que busca la verdad
de la praxis que realiza el bien
de la literatura, las artes y la música que manifiestan la belleza
de la libertad que nos hace ser nosotros mismos

4. “EX DESOLATIONE, SALUS”

A. TIEMPOS DE DESOLACIÓN. ESPAÑA: OTRO 98

Éstos son tiempos de desolación, debido a la degradación política y ética, económica y social, científica y filosófica, y religiosa. Las noticias de la actualidad son abundantes no sólo en número sino en la calidad de envilecimiento. Otras denominaciones serían:

tiempos de crisis
tiempos de indigencia
tiempos de incertidumbre
tiempos de peligro
tiempos de sacrificio
tiempos de turbación

En suma, lugares y paisajes de soledumbre en los que habita el hombre occidental de nuestro tiempo. El hombre del siglo XXI permanece afincado en el abandono y el aislamiento, sin arma activa de defensa frente a los ataques internos y externos.

En filosofía, parece engallarse el pensamiento débil, el pensamiento líquido, el pensamiento postmoderno. Al analizarlo se me presenta la imagen de los “relojes blandos” de Dalí con su viscosa sinuosidad, expandiéndose como elemento líquido; solamente falta, siguiendo con la metáfora, que más tarde se conviertan en líquidos, y se hagan gaseosos para evaporarse en su nada.

Pensar hoy en la situación de España es doloroso; basta leer u oír los comentarios de tantos dirigentes y de tantas personas corrientes. Se puede, y tal vez se deba, trazar un paralelismo histórico con la crisis y acontecimientos de 1898, que dieron lugar a la Generación del 98. Hoy estamos en un nuevo 98 y está

surgiendo “*otra generación del 98*”. No se puede ser arúspice sobre asuntos del porvenir; sin embargo aparecen indicios que presagian esa dirección de los nuevos acontecimientos. Ahora no es pérdida geográfica o política, sino espiritual y social, de la que se parte para una nueva regeneración de España.

Ahí dejo este intento de prospección histórica, que no dudo que tendrá quienes se dediquen a él entre los historiadores, literatos, juristas, filósofos, etc. Es una anticipación de un futuro que ya es presente y que no tiene otro modo de existencia.

B. LA SALVACIÓN: LA RAZÓN DILIGENTE

¿Hay salvación, hay salud para Europa? Difícil cuestión.²⁵

No podemos responder con la cínica y escéptica conclusión de Cavafis: después de la espera miedosa de la invasión de los bárbaros, tener la esperanza que tal vez ellos hubiesen acabado con el caos que asolaba su imperio. Más bien, debemos acudir a la razón diligente que busca la cosa misma *more radicali*, la raíz de la situación. La razón diligente nos sirve de “ayutorio”²⁶, de ayuda dialéctica para encontrar la salud, aunque no sea la salida misma de salvación. El término “ayutorio” es usado en Hispanoamérica para designar un trabajo agrario que se realiza entre personas de un grupo que se ayudan mutuamente; en consecuencia la razón diligente no es un trabajo individual e insolidario, sino trabajo de grupos que buscan recíprocamente la salvación.

La expresión latina “*ex desolatione, salus*” (en griego “*apó tin érimo, sotiría*”) -que traducimos “de la desolación nace o se origina la salvación”- no es meramente logomáquica, mera discusión de palabras, sino que va al fondo del asunto apuntando la solución: se origina la salvación a causa de la autoconciencia del mal, de la crisis. En la dificultad los hombres y los pueblos se crecen, se fortalecen y encuentra la superación del problema.

25. San Jerónimo, en su Epístola 123 (*Patrología Latina*, vol.22), sobrecogido por la caída de Roma en manos de los bárbaros en 410, se preguntaba con frase lapidaria: “*Quid salvum, si Roma perit?*” (¿Quién esta a salvo, si Roma perezca?)

26. Término usado en la Glosas Emilianenses (siglo X) para traducir el término latino “*adiutorium*”. Sin embargo existe en portugués el término “*adjutório*” con el significado de auxilio o ayuda.

Existen demasiados ejemplos personales e históricos de lo que decimos. Es mi propuesta teórica y práctica; tengo la esperanza de que sea realista, cabe una “*scientiam salutis*”, un conocimiento de la salvación.

Lo expresado hasta aquí es personal, subjetual: no meramente subjetivo, sino objetivo -es decir, interpersonal-. Siempre quedará la duda, a ustedes y a mí, de si es meramente subjetivo (es decir, se mueve en el ámbito del relativismo subjetivista, como le llamó Husserl) o, aún siendo siempre subjetual, es objetivo. Sin embargo alguno de nosotros se acercará más a la verdad, estará más acertado. Ése es el papel de la razón diligente; no resignarse a afirmar que “cada uno puede decir lo que quiera”, expresión de puro relativismo, sino luchar por conseguir la verdad, acercarse a ella inter-subjetivamente con trabajo, ahínco y denuedo.

Para los tiempos que corren, pido perdón -o hacerme perdonar- por estas palabras en que he intentado:

Hacer, confiado y confiante, un pensamiento fuerte y meditado (ni liviano ni ocurrente).

Fundamentar, esperanzado y expectante, la filosofía en los clásicos (Platón, San Agustín, Leibniz, Husserl).

Buscar, diligenciado y diligente, la verdad, sin ápice de rencor a ella en el caso de hallarla.